

cia: abramos nuestro entendimiento á su palabra, y nuestro corazon á su amor, y conoceremos como San Pedro, que tiene palabras de vida eterna (1), y que su amor pasa derramando bienes (2).

Concededme, Dios mio, que yo sepa hablar vuestra palabra y difundir los tesoros de vuestra caridad, para que se os sometan por la fe los entendimientos de cuantos me escuchen, y se os entreguen por amor los corazones de todos. Con ello, Señor, se llenarán los deseos que os dignais inspirarme, y se logrará el único fin que me propongo en mi predicacion. Sereis vos glorificado, santificados mis hermanos; y felices con ello en la tierra, lo serán despues en la eternidad del cielo.

(1) Joann. VI, 69.

(2) Act. X, 38.

SEGUNDO SERMON.

La fe: su necesidad y su nobleza. La Encaristia, misterio de fe que perpetúa la Encarnacion: exige y robustece aquella virtud,

*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus,
usque ad consummationem sæculi.*
(Math. XXVIII, 20.)

JESUCRISTO, Señores, no es de un dia, ni de un siglo: es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Esta sublime frase del Apóstol nos le presenta como compañero inseparable de la humanidad, á quien sirve de guia en todo tiempo para llegar á su término. Siempre es la luz verdadera que ilumina á cuantos vienen á este mundo (2); siempre es camino, verdad y vida para el género humano (3). A ninguno de los tiempos faltó Cristo, dice San Bernardo (4); á ninguno faltó Jesus. A los Patriarcas y Profetas se manifestó en vision, él mismo lo dice: «Abraham vió mi dia y se regocijó (5);» á los Apóstoles

(1) Ad Hæbr. XIII, 8.

(2) Joann. I, 9.

(3) Id. XIV, 6.

(4) Nulli horum (dierum) deest Christus, nulli deest Jesus, nulli deest unctio, nulli salus. Patriarchis et Prophetis in visione exhibitus est, Apostolis in humanitate, Angelis jam in specie. (S. Bern., serm. in festo S. Martini Episc.)

(5) Joann. VIII, 56.

se manifestó en su humanidad; á los Angeles en su Divinidad. Y siempre conduce al hombre por la fe, la esperanza y la caridad, haciéndose á sí mismo fuente y objeto de estos tres sentimientos, los más naturales al hombre, que son á la vez sus tres primeras virtudes, y las condiciones necesarias á su felicidad. En los primeros siglos exigió la fe, y la mantuvo con la revelacion, los símbolos y las profecías; alimentó la esperanza con sus promesas y con los sacrificios en que típicamente se ofrecia él mismo, como Cordero sacrificado desde el principio del mundo (1); y engendró el amor con los beneficios de que colmó al pueblo que llamaba especialmente suyo. Despues, apareciendo corporalmente, lo hizo con su predicacion y su doctrina, sus milagros y su sacrificio. Al subir al cielo consumó su obra, dejando en la tierra su palabra en el Evangelio y su cuerpo en la Eucaristía, y haciendo depositaria de uno y otro á la Iglesia su Esposa. «No creamos, continúa San Bernardo (2), que haya negado á nuestros tiempos la aparicion con que se dió á conocer á los Padres del antiguo Testamento, ni la presencia de su carne, con que se manifestó á los Apóstoles. Poseemos en la Eucaristía la verdadera sustancia de su propia carne: presentes tenemos su doctrina y sus revelaciones eficaces por el espíritu y la virtud, para que en el tiempo de la gracia, que es el nuestro, no pueda decirse que nos falta ninguna gracia.»

La Eucaristía, obra suprema de la omnipotencia, de

(1) Apoc. XIII, 8.

(2) Neque enim est quod causemur nostro huic negatam tempore, sive eam, quæ ad Patres veteris Testamenti facta est, apparitionem; sive eam, quæ Apostolis exhibita est, præsentiam carnis ejus. Siquidem fideliter considerantibus neutram deesse liquebit. Adest enim nobis etiam nunc carnis ipsius vera substantia, haud dubium sane quin in Sacramento. Adsunt revelationes, sed in spiritu et virtute, ut tempore gratiæ, quod nunc est, nihil in ulla gratia deesse probetur. (S. Bern. loc. cit.)

la sabiduría y de la bondad de Dios, nos asegura esa perpetuidad de Cristo en la tierra de que habla San Pablo, y que el mismo Salvador prometió á los Apóstoles cuando les dijo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias, hasta la consumacion del siglo (1).» Si permanece con nosotros, es con los mismos caractéres con que se manifestó en su vida mortal, y con el mismo objeto. La Eucaristía, pues, es Cristo, restaurador de todas las cosas; Cristo, verdad que ilumina al hombre y engendra y exige la fe; camino que le conduce á Dios, solidando la esperanza; vida que le hace feliz, difundiendo en su corazón la caridad. Hé aquí lo que el Angel de las escuelas nos descubre enseñándonos las tres causas de la institucion del Sacramento eucarístico: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el alimento del hombre (2). La primera, perpetuando la Encarnacion y la vida de Jesucristo con su presencia real, y constituyendo un misterio de fe; la segunda, perpetuando el sacrificio del Calvario, y dándonos una prenda de esperanza; la tercera, consumando su union con nosotros en la comunión, y formando un lazo perpétuo de amor. Estudiemos estas armonías de la Eucaristía, medio sublime, escogido por Dios para completar la obra de Cristo en la restauracion del mundo. Hoy examinaremos la primera condicion que exige de nosotros esta restauracion; la *Fe*. Necesidad de la fe; su nobleza en el catolicismo: primera parte. La Eucaristía, misterio de fe, que perpetúa la Encarnacion de Cristo para estar con nosotros, exige, y á la vez engendra y robustece esa fe: segunda parte.

(1) Matth. XXVIII, 20.

(2) Nota quod causa institutionis est triplex, scilicet: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibus hominis. (S. Thom., opusc. 58 de venerab. Sacram. Alt.)

La fe, Señores, es una necesidad en el hombre; es el sentimiento más propio de su naturaleza. Imagen y semejanza de Dios, que es la verdad y el amor, tiende siempre hácia su original, busca un alimento propio de su alma; y esta comida del espíritu, dice Malebranche (1), es la verdad y el amor; y la verdad es lo que es, la esencia, la razón de ser de todas las cosas. Para llegar al conocimiento de la verdad el hombre, abandonado á sí mismo, dispone de medios muy limitados; los sentidos, la esperiencia y la razón. Por estos medios solo alcanza la esterioridad, la superficie de las cosas, sus apariencias, y lo que á costa de esfuerzos poderosos llega á descubrir la razón, como consecuencia de aquellas noticias; pero nada de la naturaleza íntima, nada de la esencia.

Colocado en el centro de la creación, en el término del mundo de los cuerpos y en el principio del de los espíritus, tiende hácia uno y otro su mirada, y en uno y otro descubre cosas que no conoce, misterios impenetrables á su pobre razón, que le obligan á detenerse, á reconocer la pequeñez de su inteligencia, y á creer sin comprender. Mas allá de lo que la razón alcanza, se abre y se extiende un espacio en el que no puede penetrar, y donde se agitan los fantasmas de su ignorancia: espacio en cuyo límite espira su vista, en el cual nada distingue, y en el que sospecha sin embargo la existencia de grandes cosas. Ese espacio vacío, que todos lle-

(1) Nicolás, Estudios filosóficos sobre el cristianismo, segunda parte, capítulo 17.

vamos dentro de nosotros; ese horizonte impenetrable á la razón humana, es la región del misterio: misterio en el orden natural; misterio en el orden sobrenatural. Inclinada la razón sobre ese abismo, del cual no le deja apartar los ojos el deseo, la necesidad de penetrarlo, se fatiga sin término; y humillada y vencida, se ve forzada á decir: hay algo; pero no comprendo. Hé ahí el principio de la fe. Si en este estado, un hombre dotado de luz superior, descubre algo más y lo anuncia, y no hay quien pueda contradecirle porque no comprende, todos se someten, admiten aquella nueva luz, la reciben como un tesoro, y creen. Hé aquí ya la fe; tesoro del alma, primer lazo que une á los hombres, base de todo adelante, fundamento de toda civilización, punto de apoyo, en el cual afianzada la palanca de la razón, se dispone como Arquímedes á mover el mundo. Ninguna ciencia humana, ningún conocimiento es posible sin ella. Un acto de fe es el punto de partida de toda doctrina. El individuo y la sociedad necesitan la fe: sin ella, la sociedad y la familia fueran imposibles, y el individuo estaría condenado al aislamiento, y por tanto á la muerte (1).

El tierno niño cree cuanto le enseñan sus padres y sus maestros, y esta fe en su palabra es el cimiento sobre que se levanta el edificio de su educación: las artes y las ciencias arrancan, para desenvolverse progresivamente, de axiomas que se creen sin demostración; y la fe en principios, y tal vez en hipótesis, que se admiten como verdades, es el punto de partida de los adelantos del saber humano. Y es, Señores, que cuanto existe como objeto de los conocimientos del hombre, tiene un lado luminoso y otro oscuro: el primero lo forma el orden de los fenómenos, ó sean las manifestaciones sensibles y

(1) Balmes, Filosofía fundamental, lib. 1, cap. 32.

sus efectos; el segundo es el de la esencia, la sustancia y la causa de estos efectos y fenómenos. El primero está en el terreno de la ciencia, como sujeto á la observacion y á la experiencia, el segundo se escapa á las miradas del hombre, se percibe, se siente, se reconoce su existencia, se cree; pero no se explica: es objeto de la fe. El ejemplo lo tenemos en nosotros mismos. Se estudian los fenómenos de la vida, se les describe, se les compara, se explican el uno por el otro. Pero la sustancia de la vida, ¿la conoceis? Para unos es la organizacion; segun otros es la sangre; estos piensan que es un espíritu; aquellos confiesan que no saben nada. Sin embargo, se cree en la vida, y la ciencia se ejercita en su terreno propio, es decir, en el de la manifestacion de la vida por sus fenómenos, sin que obste á su marcha la oscuridad del principio. Se cree en este principio sin explicarlo, porque en lo que aparece hay razon bastante para creer lo que no aparece. Negad esta fe, y la ciencia cae como edificio sin cimiento, y su marcha se hace imposible como la de la nave sin timon en mar tempestuoso.

Si la fe es una condicion de la ciencia humana y una necesidad indispensable para el hombre, que haciendo uso de sus facultades naturales, se ocupa del mundo visible entregado por Dios á las disputas de los hombres (1), mucho mas lo es cuando la atraccion divina le lleva hácia el mundo de los espíritus, hácia Dios. Allí la razon por sí sola no puede nada. Limitada como el ojo, y débil como el ojo enfermo, no puede sufrir el golpe de la luz que rodea la Divinidad; no puede tender su mirada por el horizonte de lo infinito. Si no tiene el apoyo de la fe, divaga como átomo perdido en el espacio, sin fijarse jamás.

(1) Eccles. III, 11.

El infinito la envuelve; á cualquier lado que se dirija, el infinito la rodea, y pérdida en la inmensidad, la abrumba y la ciega la gloria de Dios. Los granos encerrados en una granada, dice un Padre de la Iglesia (1), no pueden comunicar con lo que está fuera de la corteza; así el hombre, encerrado dentro de la mano de Dios con todas las demás criaturas, tampoco puede alzar sus ojos hasta Dios. La naturaleza humana, añade Orígenes (2) con San Hilario (3), no es suficiente para buscar á Dios, de cualquier modo que se le mire; ni aun para nombrarle, sin el auxilio de aquel á quien se busca. Solo la fe, dice San Lorenzo Justiniano (4), comunica el conocimiento de las cosas invisibles y celestiales. Sin ella, nunca sabríamos nada de la divina Esencia, ni de la felicidad eterna, ni de la naturaleza angélica.

Si os place más oír á los filósofos, escuchad á dos de ellos, enemigos del catolicismo: «El Sér incomprendible no se deja ver por nuestros ojos ni palpase por nuestras manos: la obra le hace patente, pero el autor de ella se esconde; y no es corto trabajo venir en fin á conocimiento de que existe (5).» «Claro está que el hombre no pue-

(1) Quæ in malo punico recluduntur grana, cum cæteris rebus extra illud existentibus communicare nequeunt: ita homo qui cum omnibus creaturis intra Dei manum recluditur, usque ad illum oculos elevare nequit. (Teophil. Apolog. n. 50.)

(2) Nos dicimus non esse sufficientem humanam naturam ad quomodocumque quærendum Deum, eumque pure inveniendum, nisi adjuvetur ab ipso qui quæritur. (Origen. cont. Celsum, lib. 7.)

(3) Non est de Deo humanis judiciis sentiendum. Neque enim nobis ea natura est, ut se in cœlestem cognitionem suis viribus offerat. A Deo discendum est, quid de Deo intelligendum sit; quia non nisi se auctore cognoscitur. (S. Hilar. de Trinit., lib. 5.)

(4) Est namque fides sola quæ de invisibilibus et cœlestibus scientiam præstat. Neque Divinam Essentiam, neque felicitatem perpetuam, neque naturam sciremus angelicam, nisi fides imbueret. (S. Laur. Justin., serm. de S. Michaele.)

(5) Rousseau: Emilio, lib. 3.

de por sí mismo ser instruido de todo esto, porque no pudiendo el espíritu humano adquirir noción alguna sino por la experiencia, ninguna experiencia puede enseñarnos, ni lo que existió antes que nosotros, ni lo que vendrá despues. Los mayores filósofos han sido tan ignorantes sobre esto, como los más ignorantes de los hombres. La más alta sabiduría nada sabe sobre los primeros principios de las cosas, sin un auxilio sobrenatural (1).» No hay anteojo racional de tan largo alcance, añade otro filósofo católico; y del mismo modo que no concebimos cómo un habitante de la tierra pueda saber lo que en otros planetas acontece, sin una revelacion que desde allí se lo comunicase, tampoco podemos concebir cómo el alma tenga conocimiento de lo que está más allá de la esfera de los sentidos y de la naturaleza, si una voz de lo alto no se lo declara. Si existe un mundo superior al que habitamos, ha sido menester un enviado de él para darnos á conocer su existencia y la relacion que á él nos une (2).

Pero podrá decirse: ¿qué nos importa ese mundo superior? ¿No puede el hombre prescindir de él? Decir esto, hermanos míos, es abdicar la razon, negarse á la conciencia, descender al nivel del bruto. Quien tal dijera, escribe San Lorenzo Justiniano (3), estará de lleno comprendido en la sentencia del profeta Rey: *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (4). ¿Existo yo? ¿Qué

(1) Voltaire: Poema sobre los desastres de Lisboa, notas.

(2) Aug. Nicolás, Estud. sobre el cristianismo, parte 1, lib. 1, cap. 5.

(3) Dum extolluntur infatuantur, et dicentes se sapientes esse, efficiuntur insipidi, mente profugi, animo infrænati, et à se alieni. In honore siquidem constituti, et non intelligentes, comparantur jumentis insipientibus, et illis efficiuntur similes. (S. Laur. Just., loco cit.)

(4) Psalm. XLVIII, 13.

soy? ¿De dónde he salido? ¿Cuál es mi destino? ¿Qué es ese conjunto de objetos que me rodean y me afectan? ¿De dónde esa atraccion, esa idea del bien, y esa inclinacion al mal? ¿Soy el primero de los séres? ¿Dependo de otro? ¿Quién es? ¿Qué quiere de mí? ¿Quién se atreverá á decir, exclama el malogrado Balmes (1), que estas son cuestiones de poca importancia, y que no merecen nuestra atencion? Si esto no es importante, ¿dónde está la importancia? Si esto no es digno de ocupar al hombre, ¿dónde se hallará algo que lo sea?

El hombre no puede prescindir de la religion, que le resuelve estas cuestiones. De la familia de Dios, como dijo Ciceron (2) con el poeta griego (3), imagen de Dios, en frase de la Biblia (4), se siente atraido por él, es su primera pasion, y en su corazon, aun sin conocerle, erige un altar, como en la plaza de Atenas *ignoto Deo*. Si es un sér racional, es tambien, dicen Ciceron y Aristóteles, un sér religioso (5). Individual y socialmente considerado, le es tan natural la religion, que nunca ha existido sin ella. Todos los hombres, todos los pueblos han tenido religion; es decir, un sistema de relaciones con la Divinidad. Es más fácil, decia Plutarco (6), encontrar una

(1) Balmes, Filosofia elemental, historia de la filosofia, cap. 63.

(2) Homines deorum agnatione et gente teneantur..... ex quo vel agnatio nobis cum cælestibus, vel genus vel stirps appellari possit. (Cic. de Leg., lib. 1, §. 7 et 8.)

(3) Ipsius enim genus sumus. (Arato in phænomenis. Act. XVII. 28.)

(4) Gen. I, 27.

(5) Itaque ex tot generibus nullus est animal præter hominem, quod habeat notitiam aliquam Dei: ipsisque in hominibus nulla gens est, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cic. de Leg., loco cit.)

(6) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine Rege, sine domibus..... at urbem sine templis, sine Diis, nemo reperit, reperietque. Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere, fide deorum sublatâ. (Plutarch. advers. Colotem Epic.)

república sin leyes y una ciudad en el aire, que un pueblo sin religion. Y la religion no existe sin fe. Podrán los hombres haber errado en sus creencias religiosas, y en realidad han sido víctimas del error; pero todos han buscado siempre ese alimento del alma, sin el cual no hay grandeza de corazón, no hay nobleza de sentimientos, no hay heroísmo. Tan cierto es esto, que los mismos filósofos del gentilismo reconocieron la necesidad de someter el entendimiento á verdades superiores, admitiéndolas sin raciocinio, por sí mismas y por la autoridad de la tradicion. «Es preciso, decia Platon (1), y lo mismo repetia Ciceron (2), que prescindiendo de todo raciocinio, creamos en lo que nos trasmitieron los antiguos tocante á la religion. Debemos prestar entera fe á la antigua y sagrada tradicion, que nos enseña que nuestra alma es inmortal, y que, despues de separada del cuerpo, recibirá de un juez inexorable los castigos que hubiere merecido (3); porque los primeros hombres que nos trasmitieron esta doctrina, salidos inmediatamente de las manos de Dios, debieron de seguro conocerle como á su propio padre, y deben ser creidos como sus hijos (4).»

Convengamos pues, Señores, en que hay algo más

(1) Prisci nobis præstantiores, diis propinquoires, hæc nobis oracula tradiderunt. (Plato in Phileb.) Et hæc credere debemus, licet nec necessariis, nec verosimilibus eorum ratio confirmetur. (Id. in Timæo, et in Ep. 7.)

(2) Opiniones quas à majoribus accepimus de diis immortalibus, sacra, cæremonias, religionesque, ego eas defendam semper, semperque defendi.... Fac nunc ergo intelligam tu quid sentias: à te enim philosopho rationem accipere debeo religionis: majoribus autem nostris etiam nulla ratione reddita credere. (Cic. de Nat. Deor., lib. 3, cap. 2.)

(3) Plato, Epist. 7.

(4) Priscis itaque viris hæc in re credendum est, qui diis geniti, ut ipsi dicebant, parentes suos optime noverant. Impossibile sane deorum filiis fidem non habere. (Id. in Timæo.)

allá de los límites de la inteligencia del hombre, y que éste necesita de una idea de ese misterio, para no divagar sin rumbo cierto en la region de las cosas sobrenaturales. Convengamos en que esa misma cualidad de sobrenaturales hace imposible para el hombre comprenderlas por sí, ni en su naturaleza, ni en su extension, ni en sus actos; y que por lo mismo necesita de una luz superior. Esa luz solo puede darla el que habita en el seno de la misma luz inaccesible, el que lo sabe todo, el que lo ha hecho todo, el Infinito, Dios. Y Dios la ha dado al hombre, antiguamente hablándole por los profetas, dice San Pablo (1), y en los últimos tiempos á nosotros por su Hijo, á quien ha hecho heredero de todo, por quien hizo los siglos. Ese Hijo de Dios se hizo hombre, habitó con nosotros, vino á dar testimonio de la verdad (2), se hizo camino, verdad y vida del hombre, y le enseñó á conocer á Dios. Esa luz es la fe católica. A su aparicion en el mundo, todos los antiguos sistemas perdieron su fuerza y desaparecieron, como al brillar el sol se extinguen los reflejos de los planetas. A su aparicion huyeron las sombras, la razon fué ilustrada, y todo empezó á marchar sobre una base sólida, fija, indestructible. A la manera, dice el Crisóstomo, que una nave agitada por la fuerza de los vientos, combatida y arrebatada por encrespadas olas, se detiene y queda fija en medio de los mares en cuanto afirma las áncoras; así la fe salva de inminente naufragio al entendimiento agitado por los encontrados vientos del error y de la duda, llevándole al tranquilo puerto y sosegada playa de la seguridad de conciencia (3).

(1) Ad Hæbr. I, 1, 2.

(2) Joann. XVIII, 37.

(3) Has tenebras fides adventu suo in universum discutit in anima quæ se susciperet: et quemadmodum navem ventorum impetu jactatam,